el Cielo donde moras, tú velas por estos guerreros escogidos que te han aclamado por Abogada y por Patrona? ¿No es verdad que estos cultos suben hasta el trono de Dios como la oración de la tarde, y que tú los presentas para hacer descender sobre nosotros las misericordias del Señor? ¡Mujer amada del Cantar de los Cantares! Tú, que has vivido en las hendiduras de la peña y en los huecos de las ruinas solitarias; tú, la de voz dulcísima y la de rostro hermoso (1), ven; nosotros vamos también buscando el nido en donde se formó nuestra alma, como el ave que anhela volver á la primera cuna de sus amores. Enséñanos, pues, todos los secretos de tu felicidad; que nosotros colocaremos sobre tu sien purísima mil coronas de amor, colmándote de alabanzas, hasta el suspirado día en que cantemos juntos los himnos de los bienaventurados en las moradas eternas, que á todos os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

---

(1) Cant. Cantic. II, 14.

SERMON

PREDICADO

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE BADAJOZ

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1870,

EN LOS SOLEMNES CULTOS
CELEBRADOS POR UNA ASOCIACIÓN DE PERSONAS PIADOSAS PARA
ENSALZAR LAS GLORIAS DEL PONTIFICADO,
PROTESTAR CONTRA LA USURPACIÓN Y EL DESPOJO DE QUE ERA VÍCTIMA
LA SANTA SEDE,
Y MANIFESTAR ADHESIÓN PROFUNDÍSIMA Y TIERNÍSIMO CARIÑO
Á LA PERSONA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE PIO IX.

Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.

Levanté mis ojos á los montes, de donde vendrá para mí el socorro.

SALM. CXX, 1.

ILMO. SR.: (1)

SRES.:

En vano esperaría yo hoy, para comenzar este discurso, á que se calmasen las palpitaciones aceleradas de mi pecho. Jamás se sintió tan hondamente conmovido mi corazón de Sacerdote católico, y mi voz habrá de ser, por no pocos instantes, trémula y apagada; pero vuestra fe y vuestra piedad me han llamado, y héme aquí. Habéis querido que sea yo hoy el apologista de la verdad y la justicia, y el intérprete de vuestros afectos más íntimos; y de un lado el deber que me impone la santidad de mi ministerio, de otro el sentimiento de

(1) El Sr. Obispo de Badajoz.

una gratitud profunda, debían pesar más en mi ánimo que el temor de la pequeñez personal, el cual no es con frecuencia otra cosa sino la instigación pérfida y corruptora de las vanidades mundanas. Aquí, en esta Santa Cátedra, debe desaparecer el hombre con todas sus miserias, y quedar sólo el apóstol con todas sus abnegaciones; y el apóstol va á presentar en este día ante las miradas del mundo el hermoso espectáculo de vuestra religiosidad y vuestra ternura. ¡Oh! ¿Por qué yo, que creo con vuestras creencias, que gimo con vuestros gemidos, que ruego con vuestras súplicas, que aliento con vuestras esperanzas, por qué yo, identificado con vosotros, como lo estaba el Crisóstomo con aquel pueblo que le escuchaba entusiasmado junto á las orillas del Bósforo, no poseo ni la inteligencia ni las virtudes de aquel hombre extraordinario, á fin de poderos comunicar los encantos de la verdad como en manojos de luz, y los secretos del bien como en centellas encendidas en la gracia del Cielo?

Nunca causa más justa pudo atraer á los fieles bajo las bóvedas del templo; jamás el sentimiento religioso se levantó á impulsos de emociones más puras y legítimas. El Catolicismo, hermanos míos, tiene un corazón y un alma que han sido alevemente heridos, y nosotros venimos á restañar la noble sangre que de esa herida brota. El eco que hoy nos congrega en este santuario es un eco bendito: el eco de la majestuosa voz de la Iglesia, que

clama de este modo: «Señor, levanta la mano contra la soberbia de tus enemigos, que se han gloriado en medio de tu solemnidad» (1): el eco de la voz dulcísima y conmovedora de un anciano venerable que, sin cadenas, pero sin libertad, allá en el Vaticano, en el sitio mismo donde Nerón hizo verter tanta sangre de mártires, y á la vista acaso del lugar donde selló su fe el primero de los Vicarios de Cristo, repite estas palabras de David con el sereno acento de la virtud y la justicia: «Levanté mis ojos á los montes, de donde vendrá para mí el socorro.» *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.*

Los siglos y las generaciones están mudos de dolor y de asombro, ó sobrecogidos de terror y de espanto. La imaginación excitada, colocándose sobre las colinas memorables de Roma, cree descubrir un cuadro, ya sombrío, ya patético, que á su pesar la sojuzga y la fascina. Allí por el Oriente, las feraces campiñas de la gentil Parthénope han visto marchitarse sus plantas y sus flores, y el hirviente Vesubio mira tornarse rojizas las negruzcas líneas de su lava. Allí por Occidente, los Apeninos sienten chocarse entre sí las rocas graníticas de donde salen sus mármoles; y áun se divisa á los lejanos Alpes, cuyas eternas nieves, perdida ya su nítida blancura, se deshacen en líquidas corrientes, que bajan despeñándose á manera de un

(1) Salm. LXXIII, 3 y 4.

torrente de lágrimas. Allí, por el Norte, el Adriático, que, á la voz de los Pontífices, vió ir á hermanarse las galeras venecianas con las naves españolas, para darnos en el Mar Jónico la insigne fecha de Lepanto, hace encrespar sus irritadas olas, y salpica con sus espumas las costas de la Iliria y del antiguo Epiro. Allí, por el Mediodía, los dos brazos del impetuoso Tíber bajan lanzando gritos de indignación y de anatema, y las graciosas islas del Tirreno han ocultado, al oirles, bajo el velo de un rigoroso luto, las ricas galas de su incomparable belleza.

Con la Italia católica parece estremecerse la naturaleza entera; y aunque descendamos de lo ideal á lo real, veremos lo bastante para que se impresione poderosamente el ánimo. Las almas privilegiadas se sienten capaces de las más heróicas empresas: lloran por todas partes, con abundantísimo lloro, los corazones sensibles: los espíritus indiferentes ó tímidos, en cuyo hogar ardía ya moribunda la lámpara de la fe, colocan una esplendorosa lucerna sobre el candelabro santo: los hombres de todas opiniones políticas, pero que son creyentes y han estudiado de buena fe la historia, se encuentran en el templo como en un campo neutral, y reconociendo la tremenda injusticia con que se ha despojado al Pontífice-Rey, no ven en él sino un Padre ultrajado, en cuyo derredor quisieran prosternarse, como las ramas de esos sauces que caen humildemente en torno de su tronco.

Por eso, yo, Señores, que no debo inspirarme sinó en las ideas de la Verdad Eterna y de la Caridad Infinita, estoy cierto de que he de hablar para todos los entendimientos y para todos los corazones. Por todos los sitios elevados y peligrosos yo me esforzaré en pasar como las águilas, de pico en pico y de cresta en cresta, á fin de no herir la susceptibilidad de ningún hombre político sensato. Alguna vez, al penetrar en la razón católica, y al preguntar á la Filosofía de la Historia, podrá salirme al paso la razón meramente política; y no siendo yo dueño de cortar esa rama frondosa del árbol del Derecho, debo, al ménos, prometeros que la tocaré sólo..... para apartarla con suavidad de en medio del camino.

Principiaremos, pues, por reseñar ligeramente las inefables excelencias de la doctrina católica; estudiaremos luego los títulos magníficos que el Pontificado presenta á la admiración y gratitud de los hombres; señalaremos, por último, los fundamentos de nuestra confianza en el triunfo definitivo de la Iglesia, y en la libertad é independencia de su Pastor Supremo: y en ese detenido examen hallaremos confirmada esta proposición que brota espontánea y viva de los gemidos que está exhalando el alma, y que contiene en sí todas las pruebas y toda la sustancia del presente discurso.

Los verdaderos hijos del Catolicismo, apoyados en las enseñanzas de su fe y en la santidad del De-

recho, esperan de la Providencia y la Justicia Divinas la reparación de la iniquidad cometida contra el Jefe Supremo de la Iglesia.

Levavi, etc.

Imploremos con fervor, hermanos míos, los auxilios sobrenaturales de la gracia, valiéndonos de la mediación de la Madre del Verbo, á la cual enviaremos reverentes la hermosa salutación del Arcángel Gabriel: AVE MARÍA.

ILMO. SR.:

SRES.:

EL Evangelio que daba Jesucristo á su Iglesia, para que la Iglesia lo enseñase al mundo, era un raudal puro y abundantísimo, que á todas las gentes había de ir dejando alguna parte de sus aguas: religión bendita dada para el rico y para el pobre, para el sencillo y para el sabio, para el fuerte y para el débil, para el venturoso y el infortunado, supuesto que brotaba de una sangre divina, derramada por el amor de todos los hombres: germen de una civilización universal, que en armonía con todas las nobles aspiraciones de la naturaleza humana á un hermoso destino, penetró maravillosamente en todas las zonas de la tierra, no por la fuerza de la espada, sinó por la caridad de la palabra.

¡Qué cuadro, Señores, tan consolador y tan magnífico! Aquella extraviada inteligencia del hombre, que apénas poseyó en los mayores genios del Gentilismo algunos rayos de la luz de la ver-

dad, mezclada con los más grandes errores y los más incalificables absurdos, de súbito se eleva y se ilumina; y van apareciendo Ireneo, Hegesippo, Atenágoras, Teófilo Antioqueno, y aquella famosa escuela de Alejandría que produjo á Justino, y que fué sucesivamente dirigida por Pantenes, Clemente y Orígenes. Aquel pobre corazón humano, degradado por todas las pasiones y todas las miserias, se purifica y ennoblece con la práctica de todas las virtudes, gozándose en ser humilde, y sobrio, y caritativo, y casto. Aquella antigua legislación de Roma, dura, injusta, tirana, va dejando lugar á la equidad y la justicia, á la suavidad y al amor; y por el influjo del Cristianismo, la mujer se encuentra rehabilitada y engrandecida, el hijo recobra su dignidad y sus derechos, y el esclavo ha sentido romperse inesperadamente sus cadenas. En suma, el mundo no creía, y ha adivinado que la fe es la verdad: no esperaba, y ha comprendido que la esperanza es la vida: no sabía lo que era amar, y ha vislumbrado que la caridad es el Cielo.

Y diríase, hermanos míos, que la montaña se allana, que el mar se serena, que los astros avivan sus fulgores, que los campos florecen, que las flores exhalan toda su fragancia, para extender y para ensalzar la doctrina de Jesucristo. El apóstol va repartiendo aquella caridad, la más dulce, la más interesante, la más llena de dones; la caridad de la palabra: el mártir sella esta caridad con

otra caridad más perfecta, más elocuente, más arrebatadora; la caridad del sacrificio. Y las generaciones apostólicas se multiplican para enseñar la verdad; y las generaciones de los mártires se multiplican también para confirmarla con su heroísmo; llevando infatigables ámbas por todos los términos del Orbe esa tierna bendición que, hace pocos momentos, escuchábamos de la boca de un sucesor de los Apóstoles: «La paz sea con vosotros.» *Pax vobis.*

Ahora bien: esta Religión, cuyo objeto es la bienaventuranza de la vida y el reinado de la inmortalidad; esta Iglesia, para la cual no habrá más que una raza, ni más que un símbolo, ni más que un corazón, ni más que un Cielo; esta doctrina, para cuya propagación no hay distancias, ni obstáculos, ni peligros, había de tener necesariamente un foco de donde recibir su luz, un núcleo de donde tomar su vida y su fuerza; y este foco y este núcleo es el centro de unidad, la Cátedra de Pedro, aquella Roma que, después de hecha cristiana, había de representar mejor que la Roma de los Césares la aspiración universal, la idea cosmopolita; pues que, siendo una patria común para los fieles de todo el Universo, miraba á la vez á todos los pueblos y todas las naciones como á su propia patria.

El primado de honor y de jurisdicción de Pedro sobre todos los Apóstoles, que sumisos y unánimes le reconocieron por Príncipe, se halla tan clara y